

Bullying o acoso escolar y discrimen racial

Un recuerdo con Lucía

Hoy comienza una gran aventura. Viajaré junto a mi amiga Lucía. Ella y su mamá se han convertido en mi familia. Hacemos un gran equipo y es una bendición contar con su amistad. Lucía nació en República Dominicana y según me contó, llegó a Puerto Rico cuando tenía siete años. Me narró que llegó junto a su mamá y su hermanita menor. No estoy muy segura, pero entendí que viajó junto a varias personas en una pequeña embarcación que llegó a las costas del oeste de Puerto Rico. Según me relató, estuvieron viviendo con una familia dominicana que vivía en un pequeño barrio del pueblo de Arecibo. Ahora que recuerdo todo eso, me da nostalgia lo que ha pasado para convertirse en una estudiante ejemplar.

Traigo en mi memoria el día en que la conocí. Estábamos en quinto grado. Llegó muy asustada y yo, aunque siempre he sido tímida e introvertida, decidí acercarme a ella. Me llamó la atención su cabello, porque tenía muchas trenzas con cuencas de colores y jocosamente pensé que su mamá tenía que madrugar mucho para poder peinarla así. Al mediodía, fuimos juntas al comedor escolar y sentí que algo se posó en mi hombro. De la nada y de manera furtiva, Lucía gritó: - mira, un caballito del diablo. Yo me asusté, pero noté inmediatamente que era una hermosa libélula. Todos los niños que estaban cerca se comenzaron a reír de ella y sus risas maléficas se comenzaron a sentir por todo el lugar. Tan pronto salimos del comedor, un grupo de estudiantes comenzó a gritarle y mofarse de ella. Ramiro le gritó que era loca y sus amigos comenzaron a ponerle sobrenombres. Ella comenzó a llorar y por primera vez sentí un sentimiento de culpa, pues

por mi timidez, no pude defender a mi nueva amiga. Luego de un rato tocó el timbre y nos fuimos al salón de ciencia. No volvimos a hablar por esa tarde y me fui con profunda tristeza.

Al otro día, llegué muy temprano a la escuela y vi a Lucía. Nos fuimos juntas al salón y noté algo extraño cuando llegamos a la clase de inglés. La maestra Caroline Taylor nos asignó un asiento en lugares distantes y observé como miró a Lucía con desprecio. Yo me sentí mal, pues jamás imaginé que un maestro fuera a tratar así a una niña. Inmediatamente, la maestra se acercó a mí y me dijo en voz baja:

- Ámbar, no te acerques a Lucía, parece que no es de fiar. Si vuelves a juntarte con ella, llamaré a tus padres, pues podría tener malas costumbres.

Yo miré a la maestra con rabia, me olvidé de mi timidez y le pregunté a Taylor:

- ¿Qué tiene de malo que ella sea mi amiga? ¿Por qué la tratan tan mal?

La maestra se comenzó a reír con maldad y no me dejó seguir preguntando. Tocó el timbre y Ramiro, junto su grupo de amigos, comenzó a acosar a Lucía. Le gritaba que era fea y que su nariz era horrible. En ese instante, Lucía tiró su bulto y agarró a Ramiro por la camisa. Ramiro se quedó perplejo y comenzó a llorar. Miré sus pantalones y estaban mojados. Les tengo que confesar que me reí, pues recibió su merecido. De la nada, salió casi todo el personal de la escuela. La maestra de inglés salió a defender a Ramiro y empujó a Lucía hacia la pared. Observé como mi amiga caía al suelo. Todos comenzaron a reírse de Lucía y la directora le llamó la atención. Dijo que llamarían a su mamá. Lucía comenzó a llorar y a pedir que por favor no llamaran a nadie. Rápidamente, fui a la oficina de Mildred la trabajadora social. Ella era muy cariñosa y sabía que me podía ayudar. Inmediatamente notó que estaba muy alterada. En ese momento, comencé a explicarle lo que le sucedía a Lucía. Le conté todo lo que le hacía Ramiro y las cosas que le decía

la maestra Caroline. Mildred estaba muy asombrada y llamó a la directora. Ms. Román, la directora, era muy estricta, pero no era una mala persona. La trabajadora social le contó todo lo sucedido y Román dijo que en unos días todo estaría resuelto. Al otro día, la maestra de inglés le pidió perdón a Lucía, pero noté que no fue sincera. Luego de un rato, observé que llevaba un papel en su maletín y lo colocó a un lado del escritorio. Justo ahí estaban los libros de inglés. Hicimos una fila para buscar los libros, discretamente miré el papel y no pude creer lo que vi. En ese momento, la maestra salió al baño y tramé un plan. Llevé mi libro al pupitre y regresé a observar el papel. Pude leer bien lo que decía y se podía apreciar un dibujo de una niña. Un poco borroso y con una letra distorsionada pude leer que decía:

- Lucía es la peor estudiante del grupo. ¡Ja, ja, ja!

Lo agarré y decidí llevárselo a la directora. Cuando de pronto, Ramiro me vio y dijo:

- ¡Oye!, ¿qué haces con ese papel?

Se me pusieron los pelos de punta y salí corriendo hacia la oficina. Cuando llegué a la oficina, me percaté de la presencia de la madre de Lucía. Era una señora delgada, vestía de forma sencilla y me llamó la atención que tuviera las mismas trenzas que le hacía a su hija. Pedí permiso y decidí entregarle el papel a la directora. Román se sorprendió mucho y la madre de Lucía se enfureció. La directora me pidió que me marchara, pero antes, llamó a una persona y le solicitó que viniera inmediatamente. Caroline bajó asustada por las escaleras y yo decidí irme al salón. La directora le llamó la atención a la maestra y le dijo que esa conducta era inaceptable. Adicional a esto, llamaron a Ramiro y decidieron que citarían a sus padres. Resulta ser que el papel lo había hecho él y la maestra, para evitar más conflictos, decidió guardarlo en su maletín. Puedo recordar que ese día llegaron unas personas extrañas. No las había visto en la escuela, pero reunieron a mi

grupo en un salón. Hicimos una dinámica con un espejo y nos hablaron sobre el bullying. Yo había escuchado hablar sobre eso, ya que la trabajadora social nos había explicado en una charla. Nos presentaron una película y Ramiro comenzó a llorar. Ese día supimos que Ramiro también sufrió de bullying y que esas situaciones lo convirtieron en un niño agresivo y acosador. A través del tiempo, pudimos perdonarlo y su conducta cambió. La maestra Caroline dejó de trabajar en la escuela y jamás entendí su comportamiento. Sinceramente, fueron días muy intensos, pero a la vez me unieron a una gran amiga. Al pasar los años, Ramiro se hizo nuestro amigo, cogió un curso de artes culinarias y tiene su propio “food truck” en Caguas.

Fueron años de mucho aprendizaje y debo confesar que ya no soy tan tímida. Hablo con las personas y me gusta conocer lugares nuevos. Hoy emprendo una nueva travesía, me iré de viaje con Lucía y adivinen qué, nos iremos a República Dominicana. Estoy feliz, porque mi amiga me hizo las trenzas con cuencas de colores. Me siento contenta y como diría mi amiga dominicana: Nos vamos pa’ San Pedro a bailar un perico ripiao.